

‘La Luna de España’: Mapas, ciencia y poder en la época de los Austrias

Richard L. Kagan*

RESUM

Des de diversos angles, la Lluna i els espais celestes estaven presents en les reflexions de l'Edat Moderna. Aquest article se'n ocupa, a través sobretot del viatge sideral fictici que Juan de Maldonado va escriure el 1532 i de la topografia llunar realitzada pel destacat cosmògraf d'Anvers Miquel Florenz Van Langren en la dècada de 1630. A més de proporcionar una oportunitat per a retrats de costums curiosos, el primer, o per a un singular nomenclàtor llunar en honor de la Casa d'Àustria, el segon, ambdós casos mostren la forta presència dels mapes i de la representació gràfica de la Terra en la cultura de l'època. Aquest fet, que està a la base de la preparació cartogràfica adquirida per Felip II, és posat en relació amb la pràctica seguida per ell mateix i per Felip IV, i pròpia també d'altres governants, de mantenir ocults els mapes i altra informació cartogràfica, com si de secrets d'estat es tractès, en una època de creixent competència internacional en els camps polítics, militars i científics.

SUMMARY

Through different approaches, the Moon and celestial spaces were present in Early Modern reflections. This article deals with them specially by means of a fictitious sideral voyage written by Juan de Maldonado in 1532 and the Lunar topography established by the leading Antwerp cosmographer Miquel Florenz Van Langren during the 1630's. Besides giving the opportunity for description of curious costumes, the former, or for a unique Lunar nomenclator honouring the House of Habsburg, the latter, both cases show the strong presence of maps and graphic representation of the Earth in contemporary culture. This feature, which lies in Philip II's cartographic education, is placed in relation to the practice by himself and Philip IV, and also by other rulers, to keep maps and cartographical information hidden, as if they were state secrets, by a time of increasing international concurrence in the political, military and scientific arenas.

* Conferència pronunciada en la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona el 12 de diciembre de 2005. Traducción del inglés por Xavier Gil.

La expresión *La Luna de España* es quizá mejor conocida como título de un popular pasodoble. Sus palabras y versos describen a la Luna como una mujer hermosa y tentadora, una “cascabelera”, “de ojos azules y cara morena”. La Luna seduce tanto como engaña. En este ensayo la Luna pierde las cualidades humanas que le atribuye el pasodoble, aunque, según espero mostrar, sigue resultando tentadora, un lugar que atrajo la imaginación de escritores y topógrafos por igual, así como un lugar donde un rey Austria, Felipe IV, conocido como “el Rey Planeta”, intentó alcanzar fama perdurable.

* * *

A modo de introducción, quisiera empezar con un viaje a la Luna. Este singular viaje tuvo lugar en 1532, fecha en la que los conquistadores españoles estaban todavía batallando para asegurar su dominio sobre Méjico y Perú. El afortunado astronauta fue el humanista burgalés Juan Maldonado, clérigo y maestro de escuela, más conocido entre los que lo han estudiado por su historia sobre la rebelión comunera, pero que también escribió tratados sobre gramática, comentarios sobre los evangelistas y un elogio de la futura santa Teresa de Jesús.¹ Bueno, para decir la verdad, Maldonado no fue en realidad a la Luna. Su viaje lunar fue un viaje soñado, una fantasmagoría del tipo que muchos de nosotros hemos experimentado de tanto en tanto. Es de señalar que el sueño de Maldonado tuvo lugar cuando el cometa Haley hacía una de sus visitas periódicas a nuestro universo y, según parece, era visible en los cielos europeos. Todo parece indicar que el paso del cometa espoleó la imaginación de Maldonado y actuó claramente como catalizador de su sueño.²

De hecho, el sueño empieza con el relato de cómo Maldonado despertó hacia medianoche, se vistió apresuradamente, cogió su capa, salió corriendo hacia las murallas de la ciudad y subió a una de sus torres para obtener una visión más nítida del cometa, que todavía no era del todo visible en el cielo nocturno. El cometa cautivó su imaginación, elevándole a los cielos, y poco después su extraordinario viaje se inició. Según su relato, tuvo por guía a una mujer, María de Ro-

1. Maldonado no ha tenido todavía su biógrafo, pero se obtiene una aproximación a sus trabajos en Eugenio ASENSIO y Juan ALCINA, “*Paraenesis ad litteras*”. *Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1980; y en Marcel BATAILLON, *Erasmus y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950. Su obra más conocida, *De motu Hispaniae, seu de Comunitatibus Hispaniae*, ha sido publicado como *Revolución comunera. El movimiento de España o sea historia de la revolución conocida con el nombre de las Comunidades de Castilla*, trad. José Quedo, ed., Valentina Fernández Vargas, Ediciones del Centro, Madrid, 1975. Hay también una edición bilingüe: *De motu Hispaniae. El levantamiento de España*, trad., notas e introducción de María Ángeles Durán Ramas, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991.

2. Una traducción del texto del sueño de Maldonado se encuentra en Miguel AVILÉS, *Sueños ficticios y lucha ideológica en el Siglo de Oro*, Editora Nacional, Madrid, 1981, pp. 149-178. Las citas que siguen proceden de esta edición.

jas, una viuda, y ambos, partiendo de Burgos, ascendieron como astronautas modernos, alejándose cada vez más de la Tierra. “Burgos –escribió– se vió pronto tan pequeño como si fuese una aldea o un villario”. Al poco rato Maldonado pudo ver otras ciudades (Valladolid, Medina del Campo, Salamanca, Toledo) y después toda España.

Seguidamente vino el Mediterráneo, “tal como aparece pintado en los mapas”, observó. Pronto apareció toda África: “Es mucho más grande de lo que creyó Tolomeo” –dijo, en referencia al famoso geógrafo griego de la Antigüedad– “y es mucho más populosa y fértil de lo que afirman y discuten los modernos”. Mirando hacia abajo, vió Europa en su totalidad, cuyas gentes aparecían tan diminutas que semejaban “las ratas y los ratones”. A medida que el viaje continuaba, siempre en dirección ascendente, Maldonado pudo ver toda la Tierra, a la que describió como un gran globo redondo. Entonces, al ver otro poco de tierra hacia el oeste, Maldonado se dirigió a su guía y le preguntó si esa “franja de tierra fueron acaso las nuevas islas” de las que había oído hablar. La mujer le contestó que sí y se refirió a ellas, de modo enfático, como “los trofeos de los españoles”.

El viaje lunar de Maldonado contiene multitud de aventuras fascinantes, entre ellas un encuentro con ciertos selenitas que residían en una suerte de comunidad idílica, similar a la *Utopía* de Tomás Moro, en la cual las gentes vivían simples, inocentes y sin corrupción, rasgos que contrastaban abruptamente con la vida en la Tierra.³ Al poco tiempo, Maldonado y María regresaron hacia la Tierra, entrando en una órbita en dirección Norte-Sur que les llevó a través de África y de la zona tórrida, en el curso de la cual Maldonado quedó maravillado al contemplar las fuentes del Nilo, hasta alcanzar las antípodas y seguidamente, de nuevo en dirección Norte, hasta las “nuevas islas” que había entrevisto cuando ascendía. También aquí efectuó una parada, en la que visitó una ciudad, cuyos moradores –felices, simples, no corrompidos por necesidades materiales– bien hubieran podido ser extraídos de las páginas de la primera descripción de Colón de los nativos caribeños con los que topó en 1492. Pero ahora esos nativos inocentes eran cristianos. Maldonado proporcionó una descripción detallada de su modo de gobierno y de la naturaleza de sus prácticas religiosas, entre las cuales figuraba una curiosa costumbre consistente en que jóvenes de ambos sexos que iban a casarse debían desnudarse, dejar que sus cuerpos fueran palpados y examinados por unos mayores y responder a preguntas precisas sobre sus hábitos y estilo de vida.⁴ También constató su falta de interés por la propiedad privada y tomó nota de ciertos concursos de belleza organizados por mujeres jóvenes sobre lo que llamó “sus formas más íntimas”. Pero justo cuando este

3. Publicada en latín en 1516, la *Utopía* de Tomás MORO (1478-1535) fue traducida al castellano por don Gerónimo Antonio de Medinilla y Porres y publicada en Córdoba, por Salvador de Cea, en 1637.

4. La influencia de la *Utopía* de Moro sobre Maldonado es aquí manifiesta, pues los novios utopianos, antes de casarse, también debían desnudarse y ser examinados (véase el libro II).

pasaje del sueño empieza a resultar interesante, Maldonado despertó, afortunadamente para el lector, y de esta manera su viaje lunar llega abruptamente al final.

El sueño de Maldonado suscita una variedad de temas interesantes, demasiados como para ser tratados hoy en su totalidad. Pero, en relación al tema general de esta conferencia, lo que a mi juicio resulta de sumo interés es la familiaridad del autor con los mapas, algo que todavía era poco común a inicios del siglo XVI. También lo es el grado en que la cartografía influyó y, más aún, estructuró su noción del mundo. Me resulta igualmente sugerente la referencia de Maldonado a las “nuevas islas”, es decir, América, como “los trofeos de los españoles”: trofeos. Hoy en día solemos concebir los trofeos como algo parecido a los Oscars, una estatuilla o unas medallas concedidas a actores, guionistas, golfistas o nadadores por sus éxitos en alguna actividad, espectáculo o deporte. En el siglo XVI, sin embargo, como en la Antigüedad, el significado del término “trofeos” era más directamente militar. Se entendía por trofeos los símbolos de una victoria obtenida sobre un enemigo: los trofeos eran *spolia*, piezas de armadura y otro tipo de armamento arrebatados a un ejército vencido y que, colgados en árboles o amontonados hasta formar un pequeño montículo, debían conmemorar la victoria de entonces para siempre. De ahí la expresión botín de guerra.

La palabra trofeo también comportaba nociones de propiedad o título de legitimidad, y este es otro aspecto del viaje lunar de Juan de Maldonado que quisiera analizar, a saber, las actitudes de la Monarquía Española como propietaria en relación a América y el modo en que estas actitudes influyeron en las medidas gubernativas relacionadas con la divulgación de la información cartográfica sobre el Nuevo Mundo. Mi punto de partida es la actitud de Felipe II acerca del Nuevo Mundo, una actitud de tipo quasi monopolístico, que parece tipificar eso que Maldonado entendía cuando se refirió a las “nuevas islas” como “trofeos de los españoles”. Más adelante en el curso de esta conferencia me adentraré en el siglo XVII y examinaré hasta qué punto la idea de “trofeo” permitió a los Austrias apropiarse de la Luna.

A Felipe II se le llamó en una ocasión “la cabeza más grande del mundo”.⁵ Aunque no era un intelectual, sí que tenía buena preparación en muchas materias, tales que historia, arquitectura, pintura o jardinería. También mostraba un interés especial por la geografía y los mapas, temas que, al parecer, despertaron su curiosidad al cumplir los dieciseis años, cuando su padre, Carlos V, le regaló un atlas de pequeño formato, casi de tamaño libro de bolsillo, del notable cartógrafo veneciano Giovanni Battista Agnese. En aquel momento, 1543, Carlos estaba a punto de partir de España para girar una visita a sus dominios europeos septentrionales y, por este motivo, había nombrado a Felipe regente de los reinos

5. Don Juan de Silva, citado por Geoffrey PARKER, *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza, Madrid, 1998, pp. 56, 133.

españoles. Con objeto de prepararle para las responsabilidades que iba a contraer, Carlos redactó sus famosas *Instrucciones* sobre la manera en que el príncipe debía comportarse tanto en asuntos particulares como políticos. El equivalente geográfico de estas instrucciones parece haber sido el atlas de Agnese, por cuanto su contenido da pie a pensar que fue concebido expresamente para proporcionar al príncipe una introducción sobre aquellas partes del mundo sobre las que pronto iba a gobernar.

Del *Atlas* de Agnese se conservan actualmente varios ejemplares, y para el tema de esta conferencia he utilizado el de la Biblioteca John Carter Brown en Providence (Rhode Island, Estados Unidos), que está ilustrado de manera realmente brillante. Teniendo presente que los atlas eran todavía algo relativamente nuevo en el siglo *xvi*, esta edición contiene una información cosmográfica y geográfica muy rica, presentada de una manera fácilmente comprensible para un joven. Además, no hay duda de que este atlas tenía un mensaje político explícito. Observemos, por ejemplo, la portada, repleta de simbolismo imperial referido a la imponente posición que el joven Felipe iba a asumir como regente en España: a la derecha, el escudo de armas de los Austrias, sostenido en alto por un águila; Neptuno, dios romano de las aguas, comandando una trirreme, en posible alusión a la necesidad que España tenía de ejercer *imperium* sobre el mar; a la izquierda, referencias a Carlos como César, inscripciones alusivas a Carlos y a Felipe como gobernantes providenciales cuya misión había sido dictada por Dios; y, con objeto de hacer más clara esta idea, la imagen de un joven príncipe ataviado a la romana —abierta referencia a Felipe— que se dispone a tomar en sus manos el globo que la Providencia pone a su alcance, casi como una suerte de trofeo. El mensaje parece claro: el mundo, joven príncipe, es vuestro, pero también lo es la responsabilidad de protegerlo y defenderlo (fig. 1).

Imaginemos por un momento a Felipe, picado en su curiosidad, pasando las páginas de este pequeño atlas. Las primeras ilustraciones que habría encontrado hubieran sido las siguientes: cartas cosmográficas para instruirle acerca del tamaño y forma del universo, láminas pensadas para ayudarle a entender los cálculos para la medición de la latitud y dirección de los principales vientos del mundo, con sus nombres, y así sucesivamente. Más adelante encontraría una serie de mapas, nueve en total, representados todos ellos según la técnica tradicional de los portulanos, asociada con las cartas marítimas. Estos mapas no fueron elegidos al azar, sino que respondían a los intereses geopolíticos de la monarquía de los Austrias. El primero era un mapa de América del Sur y del Pacífico, que prestaba especial atención a las Filipinas, por motivos que voy a exponer más adelante. Sigue a continuación un mapa de la cuenca atlántica, con particular atención hacia el Caribe —observemos el interés por Cuba y La Habana— y las regiones costeras del Brasil. Mapas subsiguientes muestran el Océano Índico y Asia del Sur, Europa, la Península Ibérica y la vecina África del norte, Italia y el Mediterráneo. Unos mapas que muestran partes del Mediterráneo oriental y el Mar Negro parecen haber sido incorporados para informar a Felipe sobre el



Fig. 1. Atlas de Giovanni Battista Agnese. Reproducido por cortesía de The John Carter Brown Library, de Brown University, Providence, R.I., EE.UU.

Imperio otomano, potencia contra la que el Emperador había forcejeado durante muchos años y a la que también Felipe, ya como rey, debería hacer frente.

A estos mapas parciales sigue un *mappamundi*. En la Edad Media los *mappamundi* eran utilizados sobre todo como elemento decorativo. Tenían también un propósito espiritual para que las personas pudieran maravillarse ante los misterios de la Creación. En cambio, el *mappamundi* del atlas de Agnese contenía todo un mensaje político, pues exponía con detalle el primer viaje alrededor del mundo de Fernando Magalhaes y Juan Sebastián Elcano en 1519-1521. Agnese no ofreció ninguna explicación de sus motivos para incluir tan significativo periplo, pero sabemos que por aquellas fechas al Emperador le preocupaba que los portugueses fueran a reclamar para sí las llamadas Islas Occidentales, es decir, las Filipinas, las Molucas y otros archipiélagos de la zona. Es bien conocido que a partir del viaje de Magalhaes y Elcano, Carlos y Juan III de Portugal disputaron sobre quién de los dos era el verdadero señor de aquellas islas. El problema fue resuelto de modo temporal en 1526, cuando, con ocasión de la boda entre Carlos e Isabel de Portugal, ambos monarcas acordaron que España se quedaría con las Islas Occidentales, que al año siguiente serían rebautizadas como Filipi-

nas, al calor del nacimiento del príncipe Felipe, mientras que Portugal recibía las Molucas. Estas negociaciones fueron seguidamente ratificadas en el Tratado de Zaragoza de 1529. Con todo, no cesaron las disputas y la cuestión de cuál de las dos potencias ibéricas dominaba el Pacífico surgió de nuevo en 1539 al fallecer la emperatriz Isabel, madre de Felipe II. Esta circunstancia puede explicar los motivos por los que Agnese, que presumiblemente se hallaba al servicio del Emperador o de alguno de sus ministros, incluyó la ruta del viaje de Magalhaes en su mapamundi, como recordatorio de que esta parte del mundo, si bien portuguesa, le pertenecía a él. En este sentido, este mapa, y el atlas en su conjunto, constituyen un documento que Felipe pudo leer en clave geográfica, es decir, para conocer la forma y el tamaño del mundo, la disposición de los continentes, mares y océanos, pero también en clave política, en la medida en que ilustraba la extensión de sus dominios y la necesidad de defender sus derechos territoriales. Para decirlo de un modo sencillo, estaba pensado para recordarle al joven Felipe que las Filipinas le pertenecían y que tales islas –trofeos, en lenguaje de Maldonado– de ningún modo debían ser cedidas a los portugueses.

No se puede medir el grado en que el atlas de Agnese informó la comprensión que Felipe tuvo de la geografía, pero de su política posterior se desprende que su visión del mundo gravitaba sobre su imperio global. Más aún, al igual que Maldonado hiciera antes que él, Felipe consideraba su imperio, en especial sus dominios en las Indias, como un determinado tipo de trofeo, despojos de guerra adquiridos por la valentía de los exploradores y conquistadores españoles y, por ello, tesoros que debían ser defendidos sin que importara lo elevado o incluso exorbitante del precio.

La actitud de propietario que Felipe mostraba para con su imperio tenía también una dimensión cartográfica, según puede verse en el mapa de América levantado por Diego Gutiérrez, topógrafo al servicio del rey. Dibujado y grabado en 1562, el mapa es importante por varios motivos. En primer lugar, contiene diversas inscripciones que proclaman la soberanía de Felipe sobre las Américas, tanto la del Norte como la del Sur, y oportunamente omite toda referencia a la Línea de Demarcación trazada en 1493 entre las zonas española y portuguesa y, así, al hecho de que el Brasil pertenecía a los portugueses. Así pues, el mapa de Gutiérrez constituía una osada afirmación del poderío español, hasta el punto de que su detalle de un combate naval entre dos flotas en el Atlántico meridional parece enunciar que Felipe estaba resuelto a hacer todo lo que su poder le permitía para defender esta particular pretensión territorial.

Y aún así, Felipe, inspirado en parte por lo que Geoffrey Parker ha denominado un “imperialismo mesianico”, todavía quería más⁶. Y lo obtuvo cuando, en 1582,

6. Geoffrey PARKER, “David o Goliath: Felipe II y su mundo en la década de 1580”, en Richard L. Kagan y Geoffrey Parker, eds., *España, Europa, y el mundo atlántico. Homenaje a John H. Elliott*, Marcial Pons, Madrid, 2002, p. 337.

aprovechando la crisis sucesoria abierta en 1578 por la muerte del rey Sebastián, su sobrino, hizo valer sus derechos sobre el reino de Portugal y sus dominios de ultramar. Y aún entonces, estas nuevas adquisiciones parecen no haber sino despertado nuevamente su apetito, pues el interés de Felipe en expansiones posteriores quedó gráficamente expresado en una medalla especial que fue acuñada en Lisboa en 1583, algo más de un año después de que acudiera allí para tomar posesión de los dominios portugueses. En su anverso la medalla mostraba un retrato de Felipe, con la inscripción *Philippus Hispaniarum et Novi Orbis rex* ("Felipe, rey de España y del nuevo Mundo"); en su reverso, un globo rematado por un caballo, con la leyenda *Non sufficit orbis* ("El mundo no basta"). Con tan vasto imperio, se puede imaginar qué otra cosa podía Felipe desear: la Luna, sobre la que quizá había leído en el texto de Maldonado; o bien, con mucha más probabilidad, Inglaterra, a la que intentó invadir, supuestamente sólo por razones defensivas, en 1588.⁷

Como monarca, Felipe II se sentía orgulloso de su imperio y quiso mostrarlo. Y del mismo modo que mis padres querían que expusiera en nuestra sala de estar los trofeos de natación que había obtenido, Felipe procuró impresionar a los que visitaran sus palacios con sus trofeos, bajo la forma de cuadros y mapas destinados a subrayar la grandeza y extensión de su dominio global. De ahí que de las paredes del salón del trono del Escorial colgaran mapas procedentes del *Theatrum Orbis Terrarum*, el atlas realizado por Abraham Ortelius, famoso cartógrafo flamenco que era entonces cosmógrafo real de Felipe. No sabemos cuáles fueron los mapas que el rey seleccionó para ser colgados, pero se puede imaginar que no sería el resultado de una muestra al azar de los que Ortelius había imprimido, sino que estaban relacionados con su imperio.

De modo parecido, Felipe dispuso que el vestíbulo de entrada al Alcázar y varias otras dependencias estuvieran adornadas con dibujos del artista flamenco Anton van der Wyngaerde. Estos dibujos mostraban algunas de las principales ciudades de sus reinos: Madrid y Barcelona, por supuesto, pero también Salamanca, Sevilla, Bruselas, Ciudad de Méjico, Nápoles y otras.⁸ Estos dibujos estaban claramente pensados para impresionar a los visitantes, no sólo por el número de ciudades importantes de las que Felipe era señor, sino también por su grandeza. Príncipes italianos de la época, entre ellos los duques de Gonzaga en Mantua y los Grandes Duques de Toscana en Florencia, tenían su propia *camara della città*, que exhibía ciudades de sus dominios, pero éstas palidecían hasta la insignificancia si se las comparaba con la diversidad geográfica de las que Felipe mostraba.

7. Sobre esta medalla y las aspiraciones territoriales de Felipe II, véase PARKER, *Gran estrategia*, pp. 36 y ss.

8. Para este encargo, véase Richard L. KAGAN, ed., *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas de Anton Van den Wyngaerde*, El Viso, Madrid, 1987. Para los intereses cartográficos del rey, véase Geoffrey PARKER, "Felipe II, mapas y poder," en su *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Taurus, Madrid, 2001, cap. 4.

Aún así, al margen del tamaño o de la importancia de su imperio, Felipe era también agudamente consciente de la fragilidad del mismo, de su vulnerabilidad ante los ataques. El rey era consciente de que sus enemigos, en especial los ingleses y los holandeses, querían arrebatarle sus trofeos y de que se entrometían en los tesoros que consideraba suyos. Las consecuencias cartográficas y científicas de esta mentalidad de “acaparar trofeos” eran muchas y variadas. Para empezar, Felipe era reticente a divulgar informaciones que pudieran poner sus dominios en peligro y por ello intentó a lo largo de su reinado mantener secreta la información geográfica relativa tanto a España como a su imperio. Un buen ejemplo de esta actitud tuvo lugar hacia 1570, cuando Pedro de Esquivel, profesor de matemáticas en la Universidad de Alcalá de Henares, recibió el encargo de confeccionar un mapa que corrigiera los errores de Ptolomeo sobre la geografía española. Se le ofreció un salario y se le dieron instrucciones “para que anduviese todos estos sus reynos [del rey], mirando por vista de ojos todos los lugares, ríos y montañas grandes y chicos, porque pudiese hacer la descripción de España tan cierta y exquisita como Su Magestad deseaba”.⁹ Cuando Esquivel se hallaba próximo a finalizar su trabajo, uno de los consejeros reales, Felipe de Guevara, sugirió colocar reproducciones a gran escala de ese mapa general de España en las paredes de palacio con objeto de que los visitantes quedaran admirados ante el tamaño y empuje de los reinos ibéricos de Felipe. Guevara argumentó su idea con los siguientes razonamientos:

Es cierto que aunque hay muchas cosas de que Vuestra Magestad pueda gloriarse, y con ellas perpetuar su nombre y fama, que no habría ninguna de las humanas que a este cuidado y magnificencia se la ponga delante (...) Otros príncipes debieran huir de tanta diligencia en sus provincias, por no descubrir la flaqueza del territorio, el poco número de gente y la facilidad de las entradas de ellas. Lo que todo sucede en España al contrario: porque pone horror una provincia tan grande, cercada de mar, si no es por una pequeña parte, por donde los Pyreneos la dividen.¹⁰

Felipe II, por el contrario, veía debilidad allí donde Guevara veía fortaleza, y sus recelos sobre la seguridad de España contribuyen a explicar los motivos por los cuales ese mapa no llegó a concluirse.

Por razones parecidas Felipe era también renuente a permitir la publicación de mapas u otro tipo de materiales gráficos relativos al Nuevo Mundo. Y no es que no

9. Ambrosio de MORALES, *Las antigüedades de las ciudades de España* (1575), Madrid, 1792, pp. 12-14. Se encuentra más información sobre Esquivel y sus métodos en F. VÁZQUEZ MAURE, “Cartografía de la Península, siglos XVI a XVIII”, en *Historia de la cartografía española*, Madrid, 1982, p. 61; y en M.I. VICENTE MAROTO y M. ESTEBAN PIÑERO, *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1991, pp. 473-482.

10. Felipe de GUEVARA, *Comentarios de la pintura*, en F.J. Sánchez Catón, *Fuentes literarias para la historia del arte español*, 3 volúmenes, Madrid, 1923, I, p. 174.

tuviera interés por las Indias. Era justamente al contrario. A inicios de la década de 1570 despachó al Protomédico, Francisco Hernández, a la Nueva España con instrucciones no sólo de realizar una “descripción” rigurosa de la zona (es decir, un mapa), sino asimismo de tomar nota gráfica de su flora y su fauna.¹¹ Además, encargó una amplia encuesta geopolítica de América, las famosas *Relaciones geográficas*, a un equipo encabezado por Juan López de Velasco, el nuevo Cosmógrafo y Cronista Real de las Indias. Su objetivo era en parte administrativo, proporcionar al rey y a sus ministros una información de la que carecían en semejante detalle.¹² Pero estaban además destinadas a proporcionar a López de Velasco el material que necesitaba para levantar el mapa de las Indias y para escribir una historia del Nuevo Mundo español. Pese a que no llegó a realizarse en su totalidad, esta encuesta permitió reunir un auténtico tesoro de información sobre las Américas, una parte de la cual ha sido estudiada por la historiadora del arte Barbara Mundy en un libro magnífico, *The mapping of New Spain*.¹³

Lo que es interesante para mis propósitos es que Felipe II, una vez que hubo dado pasos tan importantes para reunir esta información sobre las Indias, no permitió su publicación. Antes al contrario, en 1582 ordenó que todos los informes y mapas que habían sido reunidos fueran depositados en un cajón cerrado y restringió severamente el acceso al mismo.¹⁴ ¿Paranoia cartográfica? Quizás. Pero la reticencia del rey a compartir su información tiene otras explicaciones, además de las psicológicas. En esta deseo de guardar los mapas en secreto subyacían cálculos estratégicos, postura que no fue privativa de Felipe II. Antes al contrario, la heredó de los reyes portugueses, quienes, ya desde finales del siglo xv, intentaban restringir el acceso a los registros de los derroteros de sus naves y a otros mapas, aunque con poco éxito. Y esta política de tratar los mapas como si fueran *arcana imperii*, es decir, secretos de estado, se extendió en el transcurso del siglo xvi a muchas partes de Europa.¹⁵

11. La bibliografía amplia sobre este encargo está resumida en *The Mexican treasury. The writings of Dr. Francisco Hernández*, ed. Simon Varey, Stanford University Press, Stanford, 2000.

12. Una aportación reciente al estudio de las *Relaciones de Indias* es la de Stafford POOLE, *Juan de Ovando: governing the Spanish empire in the reign of Philip II*, University of Oklahoma Press, Norman, 1994.

13. Barbara MUNDY, *The mapping of New Spain*, University of Chicago Press, Chicago, 1997.

14. En una consulta de septiembre de 1582, dirigida al Consejo de Indias, impuso restricciones al uso de aquellos documentos: “Y habiendo antes de agora pensado en estos libros de la Descripción de todas las Indias, me ha parecido que por la calidad que son y por el inconveniente que se podría seguir si anduviessen en muchas manos, como podría ser faltando alguno de los que tienen o mudándose de ese Consejo, pues para sólo los dél son a propósito, sería bien que todos se recogiesen en el Consejo y se pusiessen en algún cajón cerrado, a donde, quando se offreçiesse necessidad, los pudiesen tomar, volviéndolos después a su lugar, que sería tenerlo como en sus casas y se remediaría que, faltando alguno, no se perdiessen o trasladasen...” Citado por VICENTE y ESTEBAN, *Aspectos de la ciencia aplicada*, pp. 435-436.

15. Para una discusión más extensa de esta política de secreto cartográfico, véase mi ensayo, “*Arcana imperii: mapas, sabiduría, y poder en la corte de Felipe IV*”, en Fernando Marías y Felipe Pereda, eds., *El atlas del Rey Planeta*, Nerea, Madrid, 2002, pp. 49-70.

Otro factor que influyó en esta política de Felipe tenía su origen en las prácticas científicas renacentistas. Hoy en día ciencia es prácticamente sinónimo de publicación y difusión de ideas, llamémosle apertura o transparencia. Pero en el siglo XVI se desarrolló un debate erudito sobre si la *scientia* Bentonces definida simplemente como conocimientoB debía ser abierta, es decir, publicada, o bien secreta, reservada para los sabios.¹⁶ Felipe se sumó a los partidarios de mantenerla secreta, en buena parte debido a que relacionaba conocimiento con las artes del gobierno y el imperio. Sus cálculos eran también muy simples: a su juicio, el conocimiento, en especial el referido a su imperio, era una especie de suma cero. Para decirlo con otras palabras: para él la información era poder y no se mostró inclinado a permitir la difusión de información sobre las Indias, cartográfica o de otro tipo, por miedo de que sus enemigos fueran a obtener provecho de ella. Por el contrario, Felipe la recabó ante todo para sí mismo, para uso de sus oficiales (cuanta más información tuvieran acerca de América, mejor podrían gobernarla) y en última instancia para la gloria de la monarquía en su conjunto. En otras palabras, para Felipe ciencia implicaba la posesión de conocimiento, que era lo contrario a ignorancia. Pero el conocimiento no era para todo el mundo: era suyo y sólo suyo, la idea de trofeo, o lo que Maria Portuondo llama “ciencia secreta”.¹⁷ Este criterio explica que en 1582 Felipe ordenara que las *Relaciones geográficas* fueran puestas a buen recaudo. También explica que la *Descripción geográfica* de Nueva España de Francisco Hernández no fuera publicada, si bien en este caso la preocupación por las implicaciones geopolíticas de este mapa o serie de mapas pudo haber procedido del virrey, el cual advirtió en 1576 que el Protoméxico había realizado “una descripción de esta tierra en la que muestra los puertos y los ríos a lo largo de la orilla de la costa, hasta el norte de este territorio y el de Campeche, y si esto llega a publicarse puede crear problemas, pues cualquiera prodrá verlo con claridad y precisión, y ésta es una zona frecuentada por piratas”. Ante semejante advertencia, se cursaron órdenes inmediatas de que esta descripción, así como otros dibujos y papeles de Hernández, fueran enviados a España lo más pronto posible en arcones cerrados, que no podrían ser abiertos “hasta que Su Majestad los vea”.¹⁸ A continuación, el rey accedió a apoyar la publicación de los cuadernos de Hernández sobre “animales, pájaros y serpientes, y los de plantas y hierbas de esas provincias”, aunque luego cambió de parecer. Y se negó a autorizar la publicación de los mapas, los cuales fueron depositados para su custodia en la biblioteca del Escorial, donde serían destruidos por el incendio que en 1678 diezmó esta colección. Muchos otros mapas y descripciones de las Indias sufrieron el mismo destino.

16. Sobre el carácter “secreto” de la ciencia en el siglo XVI, veáse Pamela O. LONG, *Openness, secrecy, authorship. Technical arts and the culture of knowledge from Antiquity to the Renaissance*, Johns Hopkins University Press, Baltimore-Londres, 2001.

17. María M. PORTUONDO, “Secret science. Spanish cosmography and the New World”, tesis doctoral inédita, leída en la Universidad Johns Hopkins, 2004.

18. Citado por Georges BAUDOT, *Utopia and history in Mexico. The first chronicles of Mexican civilization (1520-1569)*, trad. Bernard R. Ortiz de Montellano, University of Colorado Press, Boulder, 1995, p. 506.

Una vez establecido, el criterio de Felipe II de secretismo cartográfico resultó difícil de revisar. En el siglo xvii las continuas guerras con holandeses franceses y otras potencias europeas mantuvieron a Felipe II, Felipe IV y Carlos II a la defensiva de modo casi continuo. La expansión imperial del sueño de Felipe II fue sustituida por la *conservación*, la necesidad de conservar la integridad territorial del imperio. Aplicada al terreno de los mapas, la insistencia en la conservación reforzó la política de suma cero cartográfica que Felipe II había fijado. Su consecuencia fue que los reyes españoles del siglo xvii no hicieron gran cosa para fomentar la publicación de mapas, en especial si se les compara con sus homólogos ingleses y franceses. En relación a las Indias, por ejemplo, tanto Felipe III como Felipe IV repitieron e incluso reforzaron las prohibiciones de publicar mapas, y a la práctica totalidad de los mismos se les asignó la categoría de documentos clasificados como *arcana imperii*, y, por lo tanto, fueron depositados en lo que, ya a principios del siglo xvi, el cronista Pedro Mártir de Anglería denominó “la cartera de los secretos”.¹⁹

Al propio tiempo, es de señalar que la política de los Austrias de secretismo cartográfico no se hizo extensiva a la producción de mapas. El conocido como “Atlas Texeira”, que toma el nombre de Pedro Texeira, cartógrafo portugués al servicio de Felipe IV, es una buena muestra. Encargado por Felipe IV y completado hacia 1632, este atlas fue concebido inicialmente por razones sobre todo estratégicas. En consecuencia, prestaba atención especial a las costas y a las fronteras de la Península. No hace falta decir que, a causa de este objetivo defensivo, nunca se pensó en publicarlo, aunque sí lo ha sido recientemente en una magnífica edición coordinada por Felipe Pereda y Fernando Marías.²⁰

Lo mismo sucede con el llamado “Atlas Heliche”, que data de la década de 1640. Emprendido, según parece, por iniciativa de don Luis de Haro y Avellaneda, este atlas, al igual que el de Texeira, resaltaba las franjas costeras y plazas fronterizas, “fortalezas y puestos”, si bien con especial atención a diversos proyectos de fortificación planificados por el favorito. También este atlas fue apartado celosamente del dominio público, y al morir Haro pasó a propiedad de su hijo, el marqués de Heliche. Posteriormente pasó a las manos del embajador sueco en los Países Bajos, hecho que explica que este atlas, valioso y todavía poco conocido, se encuentre actualmente custodiado en los Archivos Militares Suecos en Estocolmo.²¹

Estas dos colecciones ponen de manifiesto el carácter administrativo y estratégico de la cartografía española del siglo xvii, la cual, según aparece cada vez con mayor claridad, se limitó a la cartografía oficial, encargada por la corona, con objetivos por lo común administrativos o estratégicos. La lógica subyacente a la cartografía oficial se encuentra expresada en las palabras de Felipe IV cuando, en

19. Pedro Mártir de ANGLERÍA, *Décadas del Mundo Nuevo*, Polifemo, Madrid, 1989, p. 41.

20. MARIAS y PEREDA, eds., *El atlas del Rey Planeta*.

21. Ha sido publicado hace poco por Isabel TESTÓN y Rocío SÁNCHEZ RUBIO, eds., *Imágenes del imperio perdido*, Junta de Extremadura, Badajoz, 2004.

1621, encargó una serie nueva y completa de mapas y planos de ciudades del Nuevo Mundo. Tal como su escrito expone sin dejar lugar a dudas, el motivo de disponer de tales mapas no era el de hacer avanzar el conocimiento sobre América, sino el de ayudar al Consejo de Indias en el desempeño de sus funciones. “Porque conviene y es justo que en mi Consejo de Indias se tenga noticia de los sitios y territorios de las ciudades de esas provincias, para que cuando se quiere saber la disposición de ellas se pueda ver por vista ocular, os mando hagáis hacer plantas y dibujos de todas las ciudades del distrito de vuestro gobierno”.²² Es decir, para este rey, igual que para Felipe II, la geografía era esencialmente una práctica administrativa, en cuanto que opuesta a una investigación destinada a alcanzar una comprensión más rigurosa de lo nuevo o lo desconocido.

Esta política cartográfica, similar a la que practicarían los bolcheviques durante el mandato de Stalin, parece muy ajena a las nuestras nociones contemporáneas de práctica científica, con su énfasis en publicación, diálogo e intercambio de pensamiento e ideas. En la España del siglo XVII, en cambio, el secretismo cartográfico estaba a la orden del día, en lugar de la transparencia, inspirado en la política mercantilista de la corona y en el principio de la *conservación*, antes referido, un concepto que, a su vez, estaba estrechamente relacionado con la política de la razón de estado, la cual, tal como Giovanni Botero y otros teóricos admitían, requería secreto y disimulación.²³ Esta práctica gubernativa, combinada con la vigilancia inquisitorial, también ayudan a explicar la relativa debilidad de la “esfera pública” en la España del siglo XVII y, por consiguiente, la de los lugares y espacios en los cuales las personas pudieron dedicarse, a título particular, a las pesquisas científicas o quasi científicas, al margen del escrutinio y control reales. En tales condiciones, no es de extrañar que la cartografía española quedara rezagada respecto de la inglesa, pues allí el estado no era más que un actor menor en la producción de mapas, por no hablar de los Países Bajos, donde la tarea de elaborar mapas estaba en gran medida en manos de cartógrafos particulares y editores como los Blaeu, fuera del alcance de la capacidad de control de los Estados Generales. De hecho, los Países Bajos fueron un país donde la práctica dominante era la que Kees Zandvliet llamó, en frase memorable, hacer mapas por dinero,²⁴ lo cual, a su vez, alimentó un mercado cartográfico abierto, competencia, más mapas y, en particular, mejores mapas,²⁵ muchos de

22. *Cuestionario para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias, siglos XVI-XIX*, ed. Francisco de Solano, CSIC, Madrid, 1988, p. 111.

23. La influencia de los ideas de Giovanni Botero en la España del XVII es examinada en Xavier GIL, “Las fuerzas del rey. La generación que leyó Botero”, en Mario Rizzo, José Javier Ruiz Ibáñez y Gaetano Sabatini, eds., *Le forze del principe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica*, Universidad de Murcia, Murcia, 2004, II, pp. 969-1022.

24. Kees ZANDVLIET, *Mapping for money*, Batavian Lion International, Amsterdam, 1998.

25. Sobre la cartografía comercial en Holanda, véase además Peter van der KROGT, “Commercial cartography in the Netherlands with particular reference to atlas production (16th-18th centuries)”, en *La cartografía dels Països Baixos*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 1994, pp. 73-140. Véase también mi ensayo, “La cultura cartográfica en la corte de Felipe IV”, en *Imágenes del imperio perdido*, pp. 91-103.

los cuales —tal como el famoso *Arte de pintar* de Johannes Vermeer permite pensar— acabaron como elementos decorativos en muchos hogares de clase media.

La situación en España era marcadamente distinta. Aquí dominaba la cartografía oficial, salvo en el mundo local. Sin embargo, el monopolio cartográfico de la corona no significa que no hubiera producción de mapas de alta calidad. Así lo confirma el Atlas de Teixeira. Y también lo hace un mapa de la Luna realizado expresamente para Felipe IV, un mapa que transformó el único satélite de la Tierra en otro trofeo que la monarquía podía exhibir. Tenemos noticia de este fascinante mapa gracias al trabajo de diversos estudiosos, pero todavía no disponemos de un estudio a fondo del mismo.²⁶ Una breve presentación de su génesis y de su importancia me proporciona un modo muy apropiado para llevar esta conferencia a su final.

El mapa en cuestión fue fruto de la pericia de un astrónomo flamenco, Michel Florenz Van Langren (1600-1675), miembro de una familia de cartógrafos residente en Bruselas, donde mantenía una estrecha relación con la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia. La Archiduquesa, a su vez, lo presentó a Felipe IV, el cual le nombró en 1628 para el cargo de “matemático y cosmógrafo del rey”, en muestra de reconocimiento, según parece, por unos importantes trabajos que había publicado años atrás sobre la longitud, tema de crucial importancia en materia de navegación y, por tanto, de sumo interés para una potencia marítima como España.²⁷ Los cálculos sobre la longitud llevaron a Van Langren a la medida y frecuencia de los eclipses lunares y éstos, a su vez, al mapa topográfico de la Luna publicado por Galileo en su *Siderus Nuncius* en 1610. Van Langren reparó en que Galileo no se había tomado la molestia de poner nombre a los principales rasgos topográficos de la Luna, es decir, aquellas parte de su superficie a las que había identificado, mediante términos terrestres, como montañas, mares, islas y lagos. “provechando esta omisión, Van Langren elaboró una nueva nomenclatura lunar que, según un documento publica-

26. Fernando Bouza, “Cultura de lo geográfico y usos de la cartografía entre España y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII”, en *De Mercator a Blaeu. España y la edad de oro de la cartografía en las Diecisiete Provincias de los Países Bajos*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 1995, pp. 53-72. Entre otros estudios recientes sobre este mapa figuran Julián GONZÁLEZ GONZÁLEZ, “Plenilunii Lumina Historica Philippica. El mapa de la Luna de Miguel Florencio Van Langren (1647)”, *Revista de Historia Naval*, 4, 13 (1956), pp. 99-110; P.C.F. van der KROGHT, “Des Plenilunium des Michel Florent van Langren: Die areste Mondkarte mit Naumseintragen”, *Cartographica Helvetica*, 11 (1995), pp. 44-49; y su *Globi Neerlandica. The production of globes in the Low Countries*, Utecht, 1993, pp. 263-271. Véase también R.H. van GENT y D. VAN HELDEN, “Lunar, solar and planetary maps to 1650”, en David Woodward, ed., *History of cartography*, vol. III: *The Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago, 2006, en prensa.

27. Van Langren publicó más tarde este trabajo bajo el título de *La verdadera longitud por Mar y Tierra: Demonstrada y Dedicada a su Magd. Catholica Phillippo IV*, Amberes [s.n.] 1644.

do en 1633, contenía Alos (nombres) de los reyes y príncipes que reinan hoy en Europa, protectores y mecenas de las ciencias matemáticas, y también los de algunos antiguos y modernos, eminentes en este género, que se ganaron la aprobación y la gloria por los bellos monumentos de su genio”.²⁸ Pero, haciendo honor a su cargo de matemático y cosmógrafo real, Van Langren concibió esa nomenclatura para que, de modo expreso, añadiera más gloria a Felipe IV, quien, ya de por sí, era conocido como el Rey Planeta. Cuando en 1633 Van Langren tuvo una primera oportunidad para presentarle al rey un borrador de su mapa lunar, éste se mostró muy complacido, según testimonio del propio Van Langren, que escribió: “Le gustó que los nombres de hombres ilustres fueran aplicados a las montañas del globo lunar, luminosas y resplandecientes, los cuales podrían ser utilizados en observaciones y correcciones astronómicas, geográficas e hidrográficas”.²⁹ Además, Felipe autorizó a la Archiduquesa Isabel a ayudar a la publicación del mapa, si bien “dentro de la moderación que exige el presente estado de las cosas”. La muerte de Isabel al año siguiente frenó la ejecución del proyecto, pero nada detuvo a Van Langren, que en el transcurso de los nueve años subsiguientes realizó una treintena de versiones preparatorias distintas del mismo mapa selenológico, algunas de las cuales fueron a parar a manos de otros astrónomos.³⁰ De hecho, el peligro de que el mapa fuera pirateado y publicado bajo el nombre de algún rival espoléo a Van Langren y finalmente, en 1645, con la ayuda de Manuel de Moura, marqués de Castel-Rodrigo, recién nombrado gobernador de los Países Bajos, apareció una versión impresa del mapa bajo el título *Pleniluni Lumina Austriaca Philippica* en el volumen *Lumina Austriaca Philippica*, que puede ser traducido aproximadamente como “El resplandeciente Felipe de Austria” (figs. 2 y 3).

Una mirada atenta del mapa explica que Felipe IV mostrara tanto interés en el proyecto de Van Langren. De modo parecido a como Cristóbal Colón “hispanizó” la topografía del Caribe con nombres como “La Española” y “La Isabela”, Van Langren elaboró su mapa con propósito de honrar a su rey, creando de este modo lo que bien pudiera considerarse como un imperio lunar equivalente al que

28. H. BOSMANS, “La carte lunaire de Van Langren conservée à l’Université de Leyde”, *Revue des Questions Scientifiques publiée par la Société Scientifique de Bruxelles*, 67 (1910), pp. 248-264, con la cita en p. 252, según traducción de BOUZA, “Cultura de lo geográfico”, p. 55.

29. Van Langren también anotó: “Su Majestad tuvo mucha curiosidad e interés por este mapa”, tanto que el rey honró a su cosmógrafo real saliendo al exterior con él para escudriñar los cielos con ayuda de un telescopio. Véase Omer VAN DER VYVER, ed., “Lettres de J.-Ch. della Faille, S.I., cosmographe du roi à Madrid, a M. F. Van Langren, cosmographe du roi à Bruxelles, 1634-1645.” *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 46 (1977), pp. 73-183; cita, en p. 83.

30. Para las versiones preliminares de esta mapa, véase a H. BOSMANS, “La carte lunaire de Van Langren conservée au Archives Générales du Royaume, a Bruxelles”, *Revue des Questions Scientifiques*, 54 (1903), pp. 108-139; y del mismo, “La carte lunaire de Van Langren conservée a l’Université de Leyde”, *Revue des Questions Scientifiques*, 67 (1910), pp. 248-264.



Figs. 2 y 3. Mapa de la Luna por Michel Florenz Van Langren. Reproducido por cortesía de la Biblioteca de la Universidad de Leiden, Holanda.

los Austrias tenían en la Tierra. Es de señalar, de todos modos, que el *who is who* lunar de Van Langren no dejó de incluir a varios personajes que no tenían nada que ver con los Austrias, entre ellos varios astrónomos (Arquímedes, Ptolomeo, Tycho Brahe, Copérnico, Kepler), cada uno de los cuales mereció como poco un cráter o un pico aislado en las regiones lunares que Van Langren llamó *Terra Dignitatis*, *Terra Honoris*, *Terra Sapientium* u otras. También recibieron esta distinción algunas de las figuras políticas más importantes del momento, como Carlos I de Inglaterra, Cristian IV de Dinamarca, el Emperador Fernando III, cuyos nombres aparecen en letras mayúsculas. Van Langren también se cuidó de honrar a mecenas y protectores, en especial el Marqués de Castel-Rodrigo, quien no sólo mereció un cráter, sino también un mar lunar, el *Mare de Moura*, y la Archiduquesa Isabel, para la cual reservó un gran mar lunar al que llamó *Mare Eugenianum*. Y, orgulloso de su logro científico, no olvidó distinguirse a sí mismo bautizando otro mar lunar como *Mare Langrenianum*.

En última instancia, con todo, y para estar a la altura de su cargo, Van Langren reservó el lugar prominente para Felipe IV y otros miembros de la familia real española. Y así, su nomenclátor lunar contiene nombres tales que *Mare Austriacum* y cráteres y picos llamados *Balthasaris*, *Hispa. Pri.* e *Isabellae Reg. Hisp.* En cuanto a Felipe IV, no sólo mereció el mayor de los mares lunares observables desde la Tierra, el *Oceanus Philippicus*, sino también la más prominente de las muchas montañas del satélite, un pico bautizado como *Philippi IV*.

La nomenclatura de Van Langren todavía aguarda, sorprendentemente, un estudio detallado, pero este rápido vistazo permite aventurar que la persona que inventó el lema de Felipe II *non sufficit orbis* pudo estar en lo cierto en lo concierne a la dinastía Habsburgo. El mundo pudo ser suficiente para Felipe II, pero no así para su nieto, quien además de presentarse a sí mismo en tonos enaltecidos como el Rey Planeta, también pudo soñarse como nada menos que el rey lunar, el verdadero “hombre en la Luna”.

Pero si tal fuera, en efecto, su ambición, esto significaría que Felipe había olvidado una importante lección aprendida en su juventud: la naturaleza fugaz y transitoria del poder y no digamos de la fama. Tan pronto como empezaron a circular los ejemplares del mapa de Van Langren, algo que sucedió bastante antes de su publicación en 1645, varios astrónomos consideraron que su colega había perpetrado algo equivalente a una apropiación de superficie lunar en beneficio del rey de España y de su dinastía. Consiguientemente, pronto aparecieron nuevas nomenclaturas lunares, la mayoría de las cuales eludió un criterio tan politizado y tan proclive a la controversia. Empezando con el mapa lunar publicado por Giovanni Riccioli (1598-1671), un jesuita astrónomo de Bolonia, los nombres de los españoles y de los Austrias cedieron su lugar al de científicos: el *Mare Belgicum* pasó a llamarse *Mare Tranquillitatis*, el *Mare Eugenianum* pasó a ser el *Mare Serenitatis* e incluso el *Mare Langrenianum* se convirtió en *Mare Fecunditatis*. Y en cuanto a Felipe IV, ni siquiera el tesoro del Potosí pudo evitar el cambio del *Oceanus Philippicus* en *Oceanus Procellarum*, nombre que sigue vigen-

te en la actualidad. Justo cuando este rey veía que su imperio terrenal empezaba a encogerse, había ya perdido su privilegiado lugar en la superficie lunar a causa de fuerzas que escapaban a su control.³¹

¿Se desprende alguna lección de todo ello? Posiblemente sí, en especial para los que estamos interesados en el estudio del fenómeno comúnmente conocido como “la decadencia española”. Este fenómeno suele ser definido en términos terrestres y examinado, por lo común, según datos demográficos y económicos, cambios en la calidad de los dirigentes de la monarquía o dificultades crecientes de esa “monarquía compuesta” para defender sus dominios en Europa del Norte, Italia y América. Sin embargo, la historia del mapa de Van Langren permite sugerir que la decadencia de España tuvo también una dimensión extraterrestre, la cual puede ser medida en términos toponímicos –o etimológicos– en función del fracaso de la monarquía Austria en defender y conservar sus pretensiones sobre la superficie lunar. La selenología y su estudio de la Luna no es una disciplina relacionada con la historia de España, pero las vicisitudes de la terminología lunar de Van Langren inducen a pensar que ha llegado el momento de incorporar al único satélite natural de la Tierra en la comprensión vigente del supuesto declive español en el siglo xvii. *Sic transit gloria Lunae*.

31. Para estos cambios de nombres me he basado en F. WISLICENSUS, “Les cartes de la Lune de Langénus”, *Bulletin de la Société Belge d’Astronomie*, 7 (1902), pp. 39-47; y Ewen A. WHITAKER, *Mapping and naming the Moon. A history of Lunar cartography and nomenclature*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

APÉNDICE:

Nomenclatura lunar de Van Langren, adoptada de su mapa de 1645.

Van Langren utilizó diferentes estilos tipográficos en su mapa para indicar los nombres de diferentes categorías de personas en la superficie lunar: letra cursiva para los hombres de ciencias y de letras; letra romana mayúscula para los cráteres, mares y picos importantes; y letra romana minúscula para otros aspectos físicos menores. En total, anotó 366 nombres en la Luna, de los cuales tan sólo unos pocos –todos ellos, de importantes astrónomos– se conservan en la topografía lunar actual. Entre los nombres “desaparecidos” figuran las siguientes personalidades españolas y miembros de la Casa de Austria:

Nombre de Van Langren	Nombre moderno
ANNAE, Reg. Fran.	Arzachel
BALTHASARIS	
Hispa. Pri.	Aristarchus
EUGENIAE	Plinius
ISABELLAE.	
Reg. Hisp.	Manilius
PHILIPPI IV	Copernicus
LITTUS PHIPPICUM	Anon
OCEANUS PHILIPPICUS	Oceanus Procellarum
MARE AUSTRIACUM	Mare Imbrium
MARE BELGICUM	Mare Tranquilitatis
MARE CASPIUM	
(DE MOURA)	Mare Crisium
MARE EUGENIANUM	Mare Serenitatis
MARE LANGRENIANUM	Mare Fecunditatis
Alfonsi IX, Reg. Cast.	Democritus
Aytona	Harbinger beta
Bazan	Pitheas
Benavidi	Gay-Lussac nu?
Bracamonti	Polybius
Cerda	Krieger
Clarae Isab. Leop. F.	Sulp. Gallus M. brt. spot
Haro	Eratosthenes
Leopoldi Arch. Aust.	Magnius
Malvezzi	Buyrgius A. brt. spot
Mexiae	Reinhold

Moura
Ocariz
Quesada
Ramirii
Saavedrae
Spinola
Theresae, Hispa. Inf.
Ulloae
Montes Austraiaci

Cleomedes
Julius Caesar
Milichius gamma
Firmicus
dk. spot in Schickhard
Lilius
Calippus theta-eta-omaga
Taylor
Montes Apenninius

Fuente: Ewen A. WHITAKER, *Mapping and naming the Moon. A history of Lunar cartography and nomenclature*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, apéndice D.